

UNIVERSIDAD CENTRAL
FACULTAD DE ARQUITECTURA, URBANISMO Y PAISAJE
CENTRO DE ESTUDIOS ARQUITECTÓNICOS, URBANÍSTICOS Y DEL PAISAJE



De la Fuente. C Sebastián
**La Biblioteca del Rey:
Étienne-Louis Boullée**
Revista Electrónica DU&P. Diseño Urbano y Paisaje Volumen V N°13.
Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y del Paisaje
Universidad Central de Chile.
Santiago, Chile. Abril 2008

LA BIBLIOTECA DEL REY: ÉTIENNE-LOUIS BOULLÉE (Un breve paseo)

SEBASTIÁN DE LA FUENTE C.

Marzo del dos mil cinco

RESUMEN

Desde la alegoría arquitectónica, la interpretación de formas y la visión del “ojo rectangular”, el autor nos invita a pasear contemplativamente por aquellos paisajes oníricos en los que se erige la Biblioteca del Rey. Así mismo, la evocación de la palabra moderna y la modernidad del “decir” caben en la biblioteca, el mundo, hacia mediados del s. XVIII, cabe en la biblioteca del rey. Es el mundo, al interior de ella, quien sondea el racionalismo y la técnica como paradigma.

Racionalismo / biblioteca / epistemología de la modernidad

ABSTRACT

From the architectonic allegory, the forms interpretation and the vision of the “rectangular eye”, the author invites to us to take a contemplative walk by those oniric landscapes in which the Library of the King is raised. Also, the evocation of the modern word and the modernity of “saying” fit in the library, the world, towards the middles of s. XVIII fit in the library of the king. Is the world, sited to the interior of her, who drills the rationalism and the technique like a paradigm.

Rationalism / Library / epistemology of modernity

PRIMER PASEO.

La mirada, primero, se detendría bajo un sol rectangular. Luego, se deslizaría por el relieve de una bóveda siguiendo las ondulaciones de unos casetones abiertos a la oscuridad. La gran sala (también rectangular) sería la proyección proporcional de un gran calado superior por donde se filtraría *una luz cenital cuya difusión inundaría el amplio anfiteatro de la biblioteca*¹. Se trataría, pues, de un inmenso espacio vacío, cerrado y único, de trescientos pies de largo por noventa pies de ancho, cubierto por el manto circular de los días y el firmamento.

¹ MADEC, Philippe, *BOULLÉE*, Ediciones Akal, S.A., Madrid, 1997. pp.66.

Como en el juego de las cajas chinas, el edificio de la biblioteca se instalaría al interior de otro edificio, ocupando de un modo discreto uno de sus patios. Aislado así de la ciudad y abierto únicamente al cielo, la biblioteca se encontraría alejada de toda contingencia, relacionándose en lo esencial con lo abstracto y lo lejano.

Seis elementos configurarían su interior. Además del gran cañón corrido habría un pórtico, denso y desnudo, que recibiría las cargas de la bóveda recordando en las volutas de sus capiteles el papel enrollado de los pergaminos; cuatro graderías escalonadas cubiertas a plomo por estanterías empotradas en sus muros; una escultura alegórica al final de la sala (perfectamente inscrita en un triángulo imaginario) que vigilaría a contraluz la correcta distribución de los libros (los libros se pasarían de mano en mano, admitiendo un funcionamiento tan rápido como la palabra); una puerta sin hoja atravesando las estanterías; y un suelo continuo donde resaltarían la luz, el sol y sus visitantes.

Ningún accesorio de más poblaría esa ciudad: ni sillas, ni lámparas, ni estanterías aisladas, ni blandos cojines donde sentarse. Ni un sólo mueble de más. Salvo un escritorio de madera atestado de papeles y un pequeño piso reservado a la ocasión, un promedio de cincuenta eruditos se pasearían consultando los libros o charlando entre ellos bajo ese sol rectangular.

En efecto, todo sería regular, simétrico y variado, dejando en la mirada una agradable sensación de proporción y armonía. Para el ojo, la regularidad sería *el granate de la belleza de los rasgos y lo único que otorgaría ideas nítidas sobre la figura de los cuerpos*; la simetría *la imagen del orden y de lo bello en conjunto*; y lo variado, *el interés por la diversificación, compensando la necesaria entretención del ojo entre otros objetos*.²

De este modo, y poblado en su totalidad por el carácter de los libros, ese inmenso interior sería una palabra dirigida a los hombres (una palabra edificante mucho más inmediata que la literatura), en función del siguiente valor: sugerir. Más aún, adentro de esa inmensa basílica el arte de leer sería, en efecto, el arte de concebir: en cuanto lectores que descifran el entretejido de una tela de araña anhelando la razón última de las cosas o del universo, la responsabilidad de sus visitantes radicaría en descifrar los dictámenes de la naturaleza (traducido en el conjunto de la biblioteca) e intentar el camino inverso: comprender la experiencia original que sirvió de inspiración y su necesidad.

SEGUNDO PASEO

La mano, ahora, resbalaría por el canto de los libros. La dimensión de cada volumen estaría definida en virtud de la mano; los anaqueles, a su vez, de acuerdo a su peso más desfavorable y a las medidas generales de los libros, teniéndose en cuenta la de siete anaqueles apilados, altura equivalente a la de un cuerpo estirado. Los libros se hallarían clasificados adecuadamente sobre soportes rectilíneos de madera veteada, paralelo entre sí y en el sentido de su altura mostrando el título impreso en el lomo de cada uno.

Así dispuestos, todo el conocimiento del mundo cabría en la biblioteca. Sin embargo, la organización general de la biblioteca tendría su orden y sus jerarquías. Imitando la estructura de la enciclopedia, los libros se clasificarían por género, por materias y por

² MADEC, Philippe, op.cit. pp.102.

idiomas. Las entradas (infinitas) estarían garantizadas por el libre albedrío de sus usuarios, pudiéndose pasar libremente de la A a la F como de la D a la S. Cualquier bifurcación sería posible teniendo en cuenta el principio alfabético.

Entre muchos otros géneros, se podrían enumerar los siguientes: botánica, zoología, historia, medicina, ciencias y técnicas, astrología, matemáticas, filosofía, arte o panteología. A su vez, cada género estaría dividido en subgéneros o materias. En botánica, por ejemplo, no habría ni un solo átomo vegetal sin ser ampliamente descrito; se podría consultar un listado sobre cada brizna de hierba, sobre cada musgo de los bosques, sobre cada líquen que tapiza los peñascos. En medicina, en cambio, se podría observar la evolución de sus utensilios o de sus desinfectantes. En fisiología, más específicamente, se podrían revisar la totalidad de los tratados de Galeno sobre el cuerpo y sus enfermedades.

En cualquier caso, el visitante tendría la libertad de elegir el libro que quisiese. En la biblioteca no habría funcionarios de planta que guiasen o impusiesen su voluntad. Una vez elegido el ejemplar no habría más que apoyarse en las barandillas de los pasillos o dirigirse muy lentamente al centro de la sala. Instalado ahí, la luz del sol daría sus indicaciones.

TERCER PASEO

La mirada barrería las páginas con intensa agitación. Lo haría de un modo irregular, escrutando las palabras desordenada y aleatoriamente. Cada lámina del libro ilustraría su imaginación; cada palabra su curiosidad.

Usando una metáfora algo vulgar: los eruditos arrancados de cuajo de una pintura de Rafael (*La Escuela de Atenas*) serían *palomas caídas del cielo picoteando el suelo de la sala en busca de migajas*.³ Migajas de pan, o si se prefiere elementos significativos, porciones de sentido, palabras claves puestas de relieve.

Apoyado en sus rodillas daría vuelta las páginas del *Dictionnaire Historique Abrégé Des Grands Hommes Depuis Les Temps Les Plus Reculés Jusqu'à Nos Jours*, editado en 1756 por Cavanagh, leyendo al azar los siguientes nombres:

Vasco de Gama, Rebelais, Montaigne, Lutero, Copérnico, Luis XII, Francisco I, Enrique II, Catalina de Médicis, Mazarino La Fronza, Luis XIV, Colbert, Francois Clouet, Magallanes, Calvino, Corneille, Racine, Descartes, Pascal, Moliere, La Fontaine, Bossuet, Velásquez, Rubens, Rembrandt, Kepler, Galileo, Leibniz, Newton, Pedro el Grande, Luis XV, Du Barry, Locke, Montesquie.

Asimismo, disfrutaría con las ilustraciones del *Dictionnaire D'Architecture Civile et Hydraulique* (1755) de A. Jombert; con la *Encyclopédie ou Dictionnaire Raisoné Des Sciences, Des Arts et Des Métier* (1777) de Diderot y D'Alambert; con el *Traité Des Ponts* (1728) de André Cailleau.

De reojo vería pasar por la sala a Condillac. Se encontraría en un pasillo con Condorcet. Discutiría con sus colegas sobre la importancia de Montaigne en la ruptura que introdujo

³ PEREC, Georges, *Pensar/Clasificar*, Gedisa Editorial, Barcelona, 2001. pp 82.

en el pensamiento de su época. Sería consultado por D'Alembert (*desde el gran mediodía del racionalismo*) sobre su discurso preliminar a *L'Encyclopédie*. Pasearía sin más compañía que él mismo por aquella ciudad poblada de conocimiento como Rousseau. Revisaría con entusiasmo la reciente edición del *Essai + Observations sur L'Architecture* (1753) de Marc Antoine Laugier, transcribiendo en su cuaderno el siguiente pasaje:

“Ocurre en la arquitectura como en todas las demás artes: sus principios se basan en la simple naturaleza, y en los procedimientos de ésta se hallan claramente marcadas las reglas de aquella. Consideremos al hombre en su origen primero sin otra ayuda, sin otra guía que el instinto natural de sus necesidades. Necesita un lugar de reposo. En la orilla de un arroyo tranquilo ve que hay césped cuyo verdor naciente agrada a sus ojos, su tierna pelusa lo invita, se dirige hacia allí y blandamente tendido sobre ese tapiz esmaltado no piensa más que en disfrutar en paz de los dones de la naturaleza: nada le falta, nada le sobra. Sin embargo...”⁴

Así las cosas, acompañado de todos estos ángeles y guiado por la labor de sus obras o de sus pensamientos (no de sus milagros), la Biblioteca sería el mejor de los templos. De hecho, una vez declarada por sus animadores la supuesta *bancarrota de Dios* la vida por fin dejaría de arremolinarse en las tinieblas de la Fe para disponerse, en consecuencia, en la entera confianza de la razón y el intelecto.

No existiría, pues, *región alguna de la realidad que no pudiese ser explicada, aprehendida o iluminada por ella*⁵. El hombre, la sociedad, el mundo, el universo entero estarían regidos por sus leyes universales. Y Dios, en efecto, perdería su categoría de creador omnipresente siendo reducido a la condición de una simple *palabra de diccionario*.

El mundo, al interior de la biblioteca, sería, pues, un producto del racionalismo, de la ciencia nueva y la técnica: el mayor resultado de esa actividad racionalizadora que, a partir del siglo XV, desencadenaría el tránsito, paso o emigración de la Fe en Dios a la Fe en la razón.

Iluminados por la claridad de la razón (siempre presente por ese sol rectangular), sus visitantes, pues, tendrían la oportunidad de comparar su época con la de sus antecesores gracias a la disposición sistematizada de todo ese material escrito que hoy llamaríamos literatura medieval. De los escolásticos saltaría con peripecia a Francis Bacon. Leyendo sus *Essais* o su *Novum Organum* podría informarse sobre uno de los *primeros pensadores que sistematizaría la actividad razonadora desatada por el hombre occidental a partir del siglo XV y de su intento por liberarla de todas esas adherencias que la trabaron en el pasado: mitos, supersticiones, falsas nociones, tópicos, alucinaciones o, en suma, ídola, que se encontraban enquistados en los distintos estratos de sus estructuras mentales, culturales y sociales*.⁶

Todos estos imperativos de claridad formulados por Bacon se podrían rastrear (lo estoy viendo) en ese *pequeño, denso e irritante escrito autobiográfico que, en 1637, Descartes llamaría austeramente Discurso del Método*; y acompañados de los escritos fragmentarios de Pascal podría advertir (interesándose poco a poco en el tema) *la función meramente ornamental de Dios en su filosofía*.⁷

⁴ LAUGIER, M-A., *Essai + Observations sur L'Architecture*, Bruselas – Lieja, Pierre Mardaga, 1979.

⁵ CERDA, Martín, *La palabra quebrada*, Ediciones Universitarias, Valparaíso, 1982. pp 51-55.

⁶ *Ibíd.*

⁷ *Ibíd.*

Así, para Pascal, el Dios cartesiano no sería ya el *Dios viviente* al que el hombre occidental habría estado siempre re-ligado, sino su sombra: *una idea, un ser pensado, pero irremediablemente lejano del sujeto que lo pensaba. No sería, pues, el Dios de Abraham, de Isaac o de Jacob, sino el Dios de un sabio y de unos cuantos filósofos.*⁸ Un Dios, en suma, visto ahora desde la visión de ese nuevo universo de cosas que, a medida que avanzara en sus lecturas, se iría pareciendo más y más a ese nuevo mundo en gestación: la burguesía

En efecto, todo visitante que tuviese la fortuna de pertenecer a ese lugar, de conocer el marco magnífico de ese interior, de recorrer sus colecciones o de revisar sus depósitos, seguro de su razón y orgulloso de sus múltiples actividades terrenales, podría imaginarse no sólo como actor protagónico de ese mundo y su historia, sino, además, como *autor* de sí mismo.

Entonces el cielo bajaría sobre la tierra disipando las sombras por ese ojo rectangular y sus animadores, refugiados en la confianza más absoluta del poder de su inteligencia, podrían soñar la reconstrucción de todo lo existente:

*“La luz de la razón disiparía las grandes masas de sombras que cubren la tierra, volviendo a encontrar el plan de la naturaleza y sólo tendrían que seguirlo para recobrar la felicidad perdida. Instituirían un nuevo derecho que ya no tendría que ver con el derecho divino; una nueva moral, independiente de toda teología; una nueva política que transformaría a los súbditos en ciudadanos. Para impedir a sus hijos recaer en los errores antiguos darían nuevos principios a la educación”.*⁹

Entonces el cielo bajaría sobre la tierra. De la mano de los revolucionarios franceses de 1789.

⁸ *Ibíd.*

⁹ HAZARD, Paul, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. Trad. De Julián Marías. Revista de occidente, Madrid, 1946.